

Establecimiento de las ciencias médicas, 1821 a 1868

Dr. Gabino Casales Ortiz*

La época Colonial desde el punto de vista político culminó en el años de 1821 con la entrada del ejército trigarante a México, suceso histórico y triunfo de la Independencia Nacional.

Sin embargo, el desarrollo de la enseñanza de la medicina permaneció con las normas de la época Colonial hasta el año de 1833.

La Colonia, con la Real y Pontificia Universidad de México, había permitido que existiera la Facultad de Medicina cuyo costo no era mayor de \$1,000.00 anuales, y el de la Escuela de Cirugía con \$1,644 al año; en ésta, su profesorado se reducía a un individuo que la hacía de todo, director, profesor de todas las asignaturas y cirujano del Hospital, auxiliado por un profesor ayudante, un practicante y un muertero; la escuela llegó a tener un promedio de 60 a 70 alumnos, mientras que la Facultad en sus mejores tiempos no llegó a tener más de 15 alumnos.

Durante el tiempo que duró la guerra de Independencia simplemente estas dependencias vegetaron, pero al término de la guerra y desaparecido el Santo Oficio con todas sus prohibiciones, el país recibió de Europa información a través de libros, instrumentos y noticias de la revolución que se había efectuado en Europa, y sobre todo en cuanto a las ideas de organización de la enseñanza de la medicina, más acentuada en Francia ya que la revolución había cerrado todas las escuelas de cirugía de todas sus Universidades para crear una carrera unificada de Médico Cirujano, con sus tres hospitales y clínicas, con laboratorios propios, e impartía doce cátedras según el programa elaborado por Fourcroy.

Además llegaron libros donde se estable-

cían las nuevas doctrinas médicas de Lavoisier y de Fourcroy, de Antral, de Cruvelhier, de Louis, de Magendie y de Laennec.

Todos estos cambios efectuados en Europa fueron más marcados para los médicos de esa época ya que, todavía en 1828, en nuestro medio se continuaba enseñando los mismos textos de Hipócrates y Galeno y razonando las doctrinas de Avicena y discutiendo los mismos aforismos del 1 al 85; el único que presentía un cambio y que lo expresaba en sus prédicas era el Dr. Montañó.

En estas circunstancias, el Congreso se vio obligado a establecer una averiguación, solicitando al Protomedicato información sobre la Escuela. Esta era mala, pero se olvidó señalar que la de la Facultad era pésima.

Surgió pues el primer paso de la República, suprimiendo la existencia del Protomedicato en el año de 1831, ya que fue causante del atraso de la enseñanza de la medicina tal y como se reflejó cuando en el año de 1806 rechazó la petición de los farmacéuticos para crear una escuela para este ramo, recordándoles que bastaba que interpretaran las recetas, saber moler y cocer. Así terminó un periodo de 200 años con este sistema para entonces ya obsoleto.

El segundo paso lo dio el gobierno liberal de Don Valentín Gómez Farías en el año de 1833 (Fig. 1). Asesorado por su gran amigo y consejero excepcional, el Dr. Mora, ordenó el cierre de la Nacional y Pontificia Universidad, y de la Escuela de Cirugía, efectuándose la última clase el 21 de octubre de 1833 y quedando así finiquitada una etapa de nuestra historia que duró 280 años; ya retrasada, caduca, pero que había sido impulsora y eje de la vida cultural de México.

En este paso se dio nacimiento a la flamante Dirección General de Instrucción Pública,

* Jefe de la Sección de Cirugía, Hospital A. López Mateos, ISSSTE.

Fig. 1. Don Valentín Gómez Farías, Presidente de la República. Establecimiento de las Ciencias Médicas.



creando el gobierno de Gómez Farías un Establecimiento de Ciencias Médicas donde fundió, haciéndolas una, las dos carreras de Médico y Cirujano, forjando un programa avanzado con once Cátedras, contratando a doce hombres incluyendo al Director y fijándose el objetivo de hacer progresar la Reforma.

Los hombres los encontró principalmente entre los discípulos de Montañó, precursor de los cambios de estos programas de donde arranca la actual enseñanza de la medicina en México.

Anatomía	Don Guillermo Chayne
Dirección de anatomía	Don Salvador Rendón
Fisiología	Don Manuel Carpio
Patología externa	Don Pedro Escobedo
Patología interna	Don Ignacio Erazo
Clínica externa	Don Ignacio Torres
Clínica interna	Don Fco. Rodríguez P.
Materia médica	Don Isidro Olvera
Obstetricia y operaciones	Don Pedro del Villar
Medicina legal	Don Agustín Arellano
Farmacia	Don José Mario Vargas

Al frente de este insigne grupo fue nombrado por su carácter, Don Casimiro Liceaga y Quezada (Fig. 2).

Este gran acontecimiento parecía señalar el advenimiento de una gran etapa; sin embargo, por razones de tipo político y de inestabilidad ideológica, dio paso a un verdadero *Vía Crucis*, un calvario para el equipo formado por Don Casimiro Liceaga y que sólo la entereza, la fuerza de carácter y el deseo ferviente de este grupo, hizo posible soportar las presiones y las faltas de apoyo tanto moral como económico. Apenas habían jurado el 2 de diciembre de 1833 y se habían iniciado los cursos en el antiguo Convento de Belén, el Gobierno de Santa Ana dejó el establecimiento de Ciencias Médicas sin subsistencia legal y tres meses después, deshaciendo la obra de Gómez Farías, mandó restablecer la Universidad y los Colegios existentes antes de la Reforma. Así, los establecimientos creados desaparecieron; sólo el de Ciencias Médicas permaneció en espera al fallo que dictaría la comisión nombrada por el Claustro Universitario. Meses después lo dictó, siendo favorable para el grupo del Dr. Liceaga, señalando que en el poco tiempo que tenía de establecido, había realizado más en un año que en los anteriores y que de censores se transformaban en admiradores. Así continuó su trabajo bajo el nombre de Colegio de Medicina.

Pero no terminó allí el *Vía Crucis*: durante todo el tiempo el gobierno olvidó pagar los sueldos de los catedráticos y de los mozos y gastos menores, por lo cual Don Casimiro fue quien cubrió con sus propios fondos, los gastos del Colegio hasta donde le fue posible. Entonces los profesores acordaron no cobrar y ayudar para los gastos y esta situación duró hasta octubre de 1834 en que, ya sin recursos, se cerró el Colegio, pero los alumnos se anexionaron con los catedráticos y continuaron asistiendo a clases en sus casas. En febrero de 1835 se reabrió el Colegio para iniciar el segundo año de estudios; el problema continuó y el gobierno no pagó un solo centavo en 1836 y no sólo eso, sino que ordenó se habriera la Escuela de Cirugía y ordenó al Colegio entregara todo el material de que disponía para la enseñanza de la Anatomía y de las operacio-

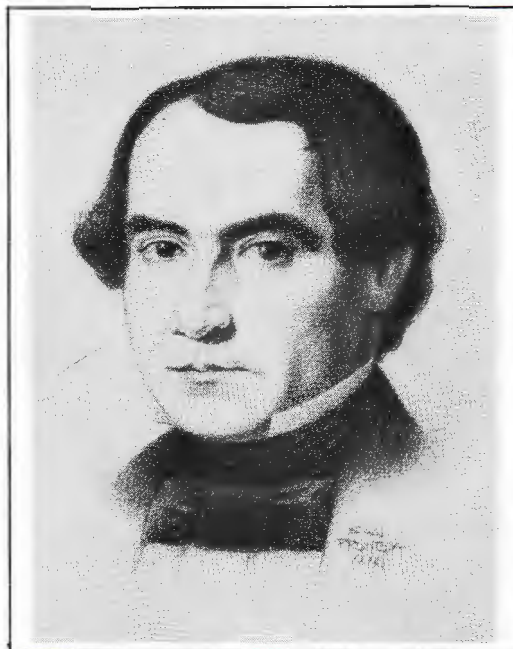
nes y que además cediera las instalaciones de Belén a las monjas de Santa María de Guadalupe, pasando el Colegio a las vecinas del convento del Espíritu Santo. Clausurando nuevamente el Colegio, el Gobierno no aceptó la renuncia del Dr. Liceaga; él y sus profesores decidieron nuevamente dar clases en sus casas. Ahora les fue quitado el convento del Espíritu Santo. Dos años quedó clausurada la escuela hasta que en 1838, Don José Joaquín Pesado intervino para que se reabriera, regresando el Dr. Liceaga a la Dirección, pero continuó el *Via Crucis* llenando la Escuela en ocasiones al Convento del Espíritu Santo, en otras al Colegio de San Ildefonso, al de San Juan de Letrán o al de San Hipólito. Sólo el espíritu de lucha de este grupo los lleva hasta el año de 1856 en que con el monto de los salarios no pagados por el gobierno y que llegaron a \$50,286, compraron el Edificio de la Santa Inquisición, el cual donaron a la escuela para que tuviera su propia sede, edificio en el cual nos encontramos en este momento transformado en el Palacio de Historia de la Medicina en México. Por allí han pasado grandes hombres que han forjado la medicina actual mexicana.

Lo antes señalado retrasó en México los avances que se estaban efectuando en el mundo; sin embargo, los médicos de la primera mitad del siglo XIX realizaron su esfuerzo, logrando iniciar discusiones de las doctrinas de Bichat, iniciaron clases de anatomía en cadáver y se iniciaron enseñanzas en los Hospitales de Jesús, de San Andrés, o bien la aplicación en los conceptos modernos de fisiología de Magendie defendidos por el Dr. Carpio, quien con los pocos recursos trataba de realizar la fisiología experimental. Este ejemplo fue en aumento y para 1844 los cirujanos mexicanos se encontraban al nivel de los europeos, y además fueron ejemplo para los países de América Central.

Algunos de nuestros médicos viajaron a París que era el centro del desarrollo de la Medicina.

Dentro de nuestros médicos que no viajaron y que desarrollaron más técnicas tenemos al Dr. Pedro Escobedo, Catedrático de Patología Externa (1798-1844), a él se le considera

Fig. 2. Don Casimiro Liceaga (1833).
Primer Director de la Escuela.



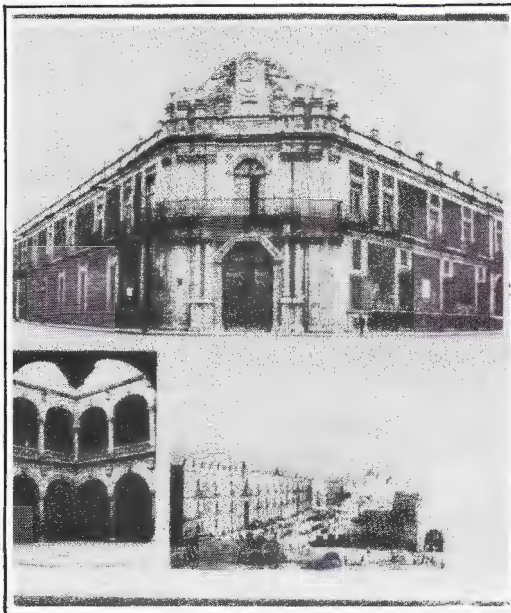
el verdadero fundador de la cirugía mexicana; además reabrió en 1838 la Academia de Medicina que se había extinguido desde hacía 60 años, editándose entonces su primera revista.

En medicina a lo largo del siglo XIX la figura más grande fue el Dr. Miguel Jiménez, introductor de los métodos de percusión y auscultación, y de revolucionarios estudios sobre absceso hepático, publicados en 1856-1857 con el apoyo en 297 casos estudiados, en los que preconizaba punción con trocar y drenaje externo. También realizó estudios para diferenciar el tifo de la tifoidea, sus estudios sobre el tabardillo son importante contribución de México al mundo científico.

Destaca en esta época (1837-1885) el Dr. Fco. Montes de Oca, creador de nuevas técnicas operatorias que marcaban para su tiempo un franco adelanto, como lo es la de amputación de pierna.

Don Luis Hidalgo y Carpio (1818-1879), figura prominente de la medicina legal en México; su doctrina se incluyó en el Código Penal Mexicano promulgado por Juárez en 1871, fue luchador incansable para que se reconociera la inviolabilidad del secreto profesional.

Fig. 3. Facultad de Medicina. Antiguo recinto de la Inquisición y actual Palacio de la Historia de la Medicina.



Don Juan María Rodríguez (1828-1894), elevó la obstetricia en nuestro medio, realizando por primera vez la versión por manio-bras externas y la operación de Porro, enseñó a diagnosticar el embarazo por simple palpación exterior y auscultación y escribió el primer libro de texto mexicano sobre la materia.

Por último está el nombre de un gran clínico e investigador sobre la lepra, Don Rafael Lucio (1819-1886) quien dio nombre de lepra de Lucio a la forma manchada o Lazarina. Además describe el brote agudo llamado fenómeno de Lucio, o lesiones necrosantes múltiples de la lepra.

También destacaron hombres como Matías Béistegui que hizo la primera transfusión en 1845 junto con Francisco Vértiz, lo que fue difundido por Pablo Martínez del Río; la introducción de las inyecciones hipodérmicas por el Dr. Blengio de Campeche, así como la anestesia con éter que trajeron nuestros cirujanos que viajaron a Europa en 1847. Las prácticas de antisepsia traídas por Don Ricardo Vértiz e implantadas en el Hospital Juárez en 1878.

Pero lo más sobresaliente es señalar que algunos cirujanos mexicanos como Montes de Oca utilizaban métodos antisépticos antes de Lister, lavado de manos y de la región operatoria y agregaba licor de Labarraque, o Brazetti quien usaba tintura de yodo en las heridas de la cabeza para evitar la erisipela; el Dr. Juan María Rodríguez usaba el aguardiente alcanforado en las parturientas infectadas, y si estaban sanas, éste usaba sólo agua y jabón de la Puebla.

Todo esto nos hace pensar en que nuestros médicos vivían el problema e ideaban a través de la observación cotidiana, métodos encaminados para prevenir o curar; la época que vivieron y las dificultades que planteó el desarrollo político de nuestro país no les permitió quizá desarrollarse al máximo de sus capacidades.

Por último quiero señalar ahora el gran valor de la asesoría del Dr. Mora para Don Valentín Gómez Farías, creando el establecimiento de las Ciencias Médicas, un programa tan adecuado que fue la base de la enseñanza médica y puesta en práctica por la tenacidad y el sacrificio de Don Casimiro Liceaga y su grupo.

Loas a estos hombres.

